

X

LA COMPARSA DE LA DUQUERÍA (*)

No sé qué pensaría Cervantes al entregar a don Quijote a las burlas necias de unos duques, es posible que no le moviera otro afán que el de crear un escenario donde don Quijote podía hacer otras tantas locuras como llevaba hechas. Es posible también que, dado su arrime a los árboles ducosos (léase mohosos), aprovechara la ocasión para hacerles a éstos unas cuantas gracias.

Pero sea lo que sea, y se propusiera lo que se propusiera Cervantes, podemos asegurar que es ésta una de las muchas ocasiones en que la grandeza de don Quijote brinca impetuosa, por cima de lo que bien pudiéramos llamar —y nadie se altere— «mediocridad cervantina». Porque don Quijote no hace el bufón. Son los duques los que quieren hacer de él un bufón. Y todos sabemos que el necio —por su necedad propenso, claro es, a la risa— tiene el prurito de creer que todo está hecho para que él lo tome a chanza y se divierta.

Yo pasaría sin comentario alguno todos los capítulos que en el Gran Libro están dedicados a las hazañas de don Quijote entre los duques si no viera en ellos un enorme triunfo quijotesco.

Afirmo que la vida más plenamente quijotesca de don Quijote tuvo su realización durante el transcurso de los días que éste pasó con la comparsa de la duquería.

Aquí llegó don Quijote hasta el máximo de metáfora que le estaba permitido absorber entre nosotros.

Fue aquí donde se vio tratado y agasajado con el esplendor y riqueza que correspondía a un habitante de su mundo.

Fue aquí donde vio cómo Sancho Panza obtuvo el gobierno de una Ínsula en pago a sus servicios escuderiles.

Fue aquí donde altas doncellas le declaraban su amor, impudendas y sumisas.

Fue aquí donde los menesterosos de toda la tierra le hablaron de sus cuitas y le pusieron en el trance feliz de luchar con Malambrunos.

Fue aquí donde le anunciaron el cómo y de qué manera había de desencantarse el Gran Espíritu.

Fue aquí, en fin, donde nuestro Gran don Quijote se embriagó de metáfora, vivió su vida con intensidad acelerada, y agotó, por así decirlo, el vigor de sus fantasías. Don Quijote salió del palacio de la duquería con el estigma doloroso de la vejez.

* * *

Estas aristocracias ostentosas, de sangre ridículamente privilegiada, son en las sociedades actuales el símbolo del fracaso de las épocas. Digan los lectores si tiene alguna importancia el que una familia sepa los nombres de sus antepasados, cubiertos de más o menos gloria por los anónimos cronistas de los siglos medios, y si significan algo en una revisión de los puros valores esos entes implumes cuyo patronímico está compuesto por seis u ocho palabras, como queriendo decir que el individuo a que pertenecen es un representante de los hechos históricos a que aluden los vocablos. Un aristócrata *de sangre*

es, pues, una negación manifiesta de su valer personal. Es como una decoración del pasado. Su misión única será la de tener por lo menos un hijo que siga arrastrando por la tierra las pomposidades patronímicas y la vaciedad facial de sus padres.

Además, las antinomias más claras carcomen sus ambientes. Veamos alguna. En Occidente, donde el cristianismo campea, se acogen a esta religión con la misma fuerza que un naufrago a una tabla salvadora. Bien. Pero el cristianismo dice en sus historias sagradas que todos descendemos de Adán y Eva. ¡Estupenda creencia para quien blasona de alcurnias y de genealogías brillantes! [**¡Qué no ahonden mucho por si se encuentran con la genealogía de un ayuda de cámara o con la de la meretriz con quien se emborracharon en el cabaret!.**] (1) Todo esto tiene mucha gracia, y como nosotros queremos hacer un libro serio, cortamos aquí las *alabanzas* y *los elogios*.

* * *

¡Qué inmenso y qué puro vive don Quijote en el palacio de la duquería! Sólo él puede divertir a los tontos sin perder ni una parte mínima de dignidad. Y sólo él también puede adaptar a normas muy suyas, de una gran seriedad, lo que constituye para los otros un motivo de risa. Si algún hombre inteligente no encuentra obstáculos en su sensibilidad examinando el alma del tal duque, y, por tanto, tiene la piel tan dura que no influyan en él los hedores mediocres de la insulsez, yo le aconsejo que estudie o compare las emociones que sienten el tal duque y don Quijote en presencia de una de las aventuras preparadas por aquél. Obtendría resultados curiosísimos.

Y veamos también cómo Sancho Panza respira en estas atmósferas, que tienen para él el atractivo refinado de lo que se deseó siempre. En efecto, Sancho, removiendo en su caletre ínfimo las ventajas y las desventajas de la escudería andante, a lo largo de los caminos oscuros y de los manteamientos y palizas, veía en un más allá Ínsulas, gobiernos y trato de príncipe en algún castillo famoso.

Sancho se movía en los mundos de la caballería andante como deslumbrado por los focos de un bienestar posible. Este bienestar era una luz muy lejana, que sostenía con el pobre Panza un «flirteo» de desengaños.

Como anticipos de su futuro bienestar obtenía a veces alguna que otra satisfacción que obraba en él como un incentivo a proseguir la lucha por la felicidad máxima. Y en esto llegó de improviso el encontronazo con la bella cazadora. Sancho ve en este encuentro una segunda edición aumentadísima del buen suceso en casa de don Diego Miranda, y adivina para su estómago unos cuantos días de manjares nunca vistos.

Pero no sabe este pobre hombre dónde lo van a meter, que a saberlo es posible que renunciara a los agasajos y a las fiestas. Aquí Sancho se va a alimentar como don Quijote de metáfora, y, por tanto, asistimos a gran número de indigestiones.

Es de suponer que los peores días de la vida de Sancho sean los que pasó en la Ínsula Barataria, de la que se creyó *realmente* gobernador eterno, siendo así que su gobierno caía de lleno en el mundo fantástico de don Quijote.

Un amigo me ha hecho notar el enorme sacrilegio cometido por Cervantes al hacer que Sancho se lleve a la boca una metáfora. Yo no veo en esto sacrilegio alguno; más bien se deja entrever una advertencia para los aspirantes a Quijotes o una aseveración de las palabras quijotescas: «el andar a caballo a unos hace caballeros y a otros caballistas».

Si los duques hubieran concebido la burla de hacer a don Quijote emperador podemos estar seguros de que los días que gozara del imperio no sentiría las hambres panzunas, ni los pisotones de sus soldados cuando lo llevaran a defender la patria en peligro.

Don Quijote indudablemente gozó y vivió con más intensidad en casa de los duques que durante los días en que se hospedó en la casa de los Miranda. A Sancho le sucede lo contrario. Porque no fueron los manjares exquisitos ni las comidas succulentas de los duques los únicos alimentos de don Quijote. Este se nutrió más de metáforas, de lo que llamaba burlas la necedad de la duquería, de los incidentes amorosos que el buen humor de unas doncellas vertió sobre la gran fantasía del caballero. Sin duda alguna, don Quijote obtuvo más satisfacción de los arañazos gatunos y del desplome de Clavileño que de todas las exquisiteces en materia gastronómica.

En cambio, Sancho, ¡qué miedo al subir en un caballo de madera, qué temblor ante la perspectiva de tres mil azotes, qué hambre en el gobierno de su Ínsula, y qué pisotones en su último minuto de gobernador!

Sancho renegará siempre de la duquería y tendrá como un bello recuerdo las bodas de marras, o el hospedaje en la bien repuesta casa del hidalgo. A pesar de todo, Sancho tendrá que agradecerle a los duques un buen servicio: el de haberle hecho aprender que un Sancho no debe nunca dejar de ser Sancho.

Estad seguros de que de ahora en adelante Sancho preferiría una perdiz bien condimentada a todos los gobiernos o Ínsulas que se le ofrezcan.

Lo poquísimo que había en Sancho de anhelo desapareció con su convencimiento de que los gobiernos son una cosa bien poco deseable, y ahora, más Sancho que nunca, lo veréis pronto reclamando un sueldo a don Quijote.

Con un poco de quijotismo, Sancho podía haber sido en su Ínsula un hombre feliz. Claro que bien corto número de días, pero al salir de ella, otra vez Sancho Panza, con un «que me quiten lo bailado» pudo desconcertar a los burladores. La aventura del gobierno de Sancho es la más elocuente prueba de la falsedad del tan cacareado refrán que dice: «Dime con quién andas y te diré quién eres». Sancho andaba con don Quijote y no llegó a pegársele lo más mínimo de barniz quijotesco. Y aquí vemos cómo Sancho, manadero de refranes, tira por los suelos uno de los más afamados.

Nota del editor:

(*) Entre corchetes y en negrita, incorporamos los textos que se suprimieron en la primera edición (Vasallo de Mumbert, Madrid, 1971, 173 págs.)

(1) En la 1ª edición, la frase que podemos leer es la siguiente: “¡Qué no ahonden mucho por si encuentran errores en la genealogía”.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Quijote_014